

este caso no quedaba ninguna objeción en pie, y que el Océano vencido entregaría la Gran Bretaña á nuestro azote. Si como parecía casi cierto, lográbamos la superioridad por más de dos días (porque las noticias no podían comunicarse con la necesaria rapidez á la escuadra inglesa que bloqueaba á Brest para que se reuniese inmediatamente con la que estaba de observación á vista de Boloña), había el tiempo suficiente para que la escuadrilla, repitiendo varias veces la travesía, fuese por nuevas tropas de las que quedaban en los campamentos, y llevase á Inglaterra diez ó doce mil caballos de los que esperaban en la costa de Francia medios de transporte y un suplemento considerable de efectos de guerra. En este caso, contra tan imponente masa de fuerzas, toda resistencia de parte de la Inglaterra era imposible.

Estos prodigiosos resultados dependían, pues, de la aparición repentina de una escuadra en el canal de la Mancha. Para esto era menester una combinación imprevista que no pudieran frustrar los ingleses. Felizmente, el viejo almirantazgo británico, poderoso especialmente por las tradiciones y por el espíritu de cuerpo que en él reinaba, no podía rivalizar en invención con un genio prodigioso, constantemente ocupado en un mismo objeto y que no necesitaba concertar sus planes con una administración colectiva.

Tenía Napoleón en Brest una escuadra de diez y ocho navíos, que se iba á aumentar en breve hasta veintiuno, otra de cinco en Rochefort, otra de la misma fuerza en el Ferrol, un navío escalado en Cádiz, y por último, en Tolón ocho navíos, que iban á aumentarse hasta diez. El almirante inglés Cornwallis bloqueaba á Brest con quince ó diez y ocho navíos y á Rochefort con cuatro ó cinco; otra pequeña división inglesa bloqueaba al Ferrol; Nelson finalmente cruzaba con su escuadra hacia las islas de Hyeres para observar á Tolón; tal era el estado de las fuerzas respectivas y los elementos con que Napoleón había de contar en sus combinaciones. Su idea era abstraer una de sus escuadras y llevarla con una marcha imprevista á la Mancha, para lograr allí por unos cuantos días la superioridad sobre los ingleses. En el invierno anterior, esto es, en el mes de febrero, cuando debía comenzar sus operaciones, pensó dirigir la escuadra de Brest hacia las costas de Irlanda para poner allí los quince ó diez y ocho mil hombres que llevaba á bordo, y en seguida hacer que se presentase repentinamente en la Mancha. Este plan atrevido sólo ofrecía probabilidades de buen éxito en invierno, porque en esta estación, siendo impracticable el bloqueo continuo de Brest, podía aprovecharse cualquier temporal para dar la vela. Pero en verano la presencia de los ingleses era tan constante, que parecía de toda imposibilidad el salir sin empeñarse en un combate, y nuestras naves, llenas de tropas que navegaban por la primera vez ante unos navíos ejercitados en largos cruceros y ligeramente cargados, correrían grandes peligros á no tener fuerzas inmensamente superiores. En esta estación las proporciones para salir menudeaban más hacia la parte de Tolón. En los meses de junio y julio, soplando con frecuencia vientos impetuosos, los ingleses se veían precisados á buscar abrigo detrás de Córcega ó Cerdeña; y una escuadra que aprovechase esta coyuntura podía armar al caer el día, adelantar veinte leguas en una noche, sorprender á Nelson con un falso rumbo, é inspirándole

temores por el lado de Oriente, atraerlo quizá hacia las bocas del Nilo; y era esto tanto más posible, cuanto que desde que Napoleón había burlado su vigilancia en 1798, Nelson se mostraba constantemente preocupado por la exposición de que los franceses pusiesen un ejército en Egipto, y no quería dejarse sorprender segunda vez. Pensó, pues, Napoleón confiar la escuadra de Tolón al más osado de sus almirantes, que era Latouche-Treville; darle diez navíos y diversas fragatas, formar un campamento en sus cercanías para sugerir la idea de una nueva expedición á Egipto, no tomar en realidad sino pocas tropas, y hacer salir esta escuadra aprovechando un recio viento de mistral (1), asignándole el siguiente derrotero. Debía primeramente navegar hacia la Sicilia, después, torciendo hacia el Oeste, dirigirse al estrecho de Gibraltar, atravesarlo, recoger al paso el navío *Aguila*, refugiado en Cádiz, alejarse del Ferrol, adonde probablemente acudiría Nelson cuando supiese que los franceses habían cruzado el Estrecho, internarse en el golfo de Gascuña para reunirse allí con la división francesa de Rochefort, y por último, situándose al Sur de Sorlinga y al Norte de Brest, aprovechar el primer viento favorable para encaminarse á la Mancha. Esta escuadra, compuesta al partir de diez navíos, reforzada con otros seis durante su navegación, y presentando á su llegada una fuerza de diez y seis buques, parecía ser bastante numerosa para dominar unos cuantos días el paso de Calais. Alucinar á Nelson no era muy difícil, porque este gran marino, en quien estaba, por decirlo así, encarnado el genio de los combates, no siempre mostraba un juicio muy certero, y además tenía sin cesar ofuscada la mente por el recuerdo del Egipto. También era cosa fácil evitar el ir al Ferrol para reunirse á vista de Rochefort con la escuadra allí apostada. Lo más difícil era penetrar en la Mancha por entre el crucero inglés, que defendía los accesos de la Irlanda, y la escuadra del almirante Cornwallis que bloqueaba á Brest. Pero la escuadra de Ganteaume, que se mantenía siempre á la vela con su dotación á bordo, no podía menos de llamar mucho la atención del almirante Cornwallis é incitarle á estrechar de cerca la garganta de Brest. Si al hacerlo así, y abandonando el bloqueo de este puerto, se dirigía contra Latouche-Treville, Ganteaume podía salir en aquel mismo instante y cualquiera de las dos escuadras francesas, si no las dos juntas, tenía la certeza de llegar á vista de Boloña. Parecía casi imposible que el almirantazgo inglés pudiese descubrir esta combinación y precaverla. Un punto de partida tan distante como Tolón no podía menos de alejar, más que otro cualquiera, la idea de batirse en la Mancha. Por otra parte, armando la escuadrilla de modo que pudiera bastarse á sí misma, toda idea de auxilio extranjero quedaba desvanecida y dormida, por consiguiente, la vigilancia del enemigo. Así estaba todo combinado para el buen éxito de aquella profunda maniobra, que sólo podía ocurrirse á un hombre que concebía y obraba por sí solo, que sabía guardar su secreto y que estaba incesantemente pensando en el mismo objeto (2).

(1) Este nombre se da en la Provenza á ciertos vientos impetuosos que soplan en aquellos mares. (N. del T.)

(2) Esta fué la primera idea de Napoleón; más adelante vemos que la modificó varias veces, según las circunstancias en que debía obrar. (N. del A.)

«Si queréis confiar un gran proyecto á un hombre, decía Mr. Decrés al emperador, antes de todo tendréis que verle, hablarle y animarle con vuestro genio. Esto es aún más necesario para nuestros oficiales de mar, desalentados por tantos reveses náuticos, siempre prontos á morir como héroes, pero más confiados en sucumbir noblemente que en vencer.» Llamó Napoleón á Latouche-Treville, que se hallaba en París y que acababa de regresar de Santo Domingo: no tenía este oficial ni el elevado talento ni el genio organizador del almirante Bruix, pero en los combates mostraba un arrojo y una perspicacia que probablemente le hubieran hecho, si no hubiera muerto, digno rival de Nelson. No se sentía desanimado como sus demás compañeros de armas, y estaba dispuesto á todo; pero desgraciadamente trajo de Santo Domingo los gérmenes de una enfermedad de que habían ya muerto y debían aún morir muchos valientes. Le explicó Napoleón su proyecto, le hizo palpar su probabilidad, le descubrió su alcance, sus inmensas consecuencias, y logró infundir en su alma todo el ardor que mantenía en exaltación la suya propia. Entusiasmado Latouche-Treville, salió de París antes de restablecerse, y fué á presenciar y vigilar el equipo de su escuadra. Todo estaba calculado para que esta operación pudiera ejecutarse en julio, ó á más tardar en agosto.

Acababa de ser trasladado á Brest el almirante Ganteaume, que había mandado en Tolón antes de Latouche; el emperador contaba con su lealtad y le estimaba mucho, pero no le parecía bastante arrojado para confiarle la ejecución de su importante maniobra. No obstante, después del almirante Bruix por su capacidad y del almirante Latouche por su ardimiento, le prefería á todos los demás de su cuerpo por su experiencia y su valor. Le confió el mando de la escuadra de Brest, destinada probablemente á llevar tropas á Irlanda, y le encargó que completase su equipo para que estuviese pronta á cooperar con la de Tolón.

La escuadra entretanto se hacía esperar mucho por causa de los inauditos esfuerzos hechos para equipar la escuadrilla. Desde que ésta se halló dispuesta, todos los recursos de la marina se emplearon en el equipo de las escuadras. En los puertos de Amberes, Cherbourg, Brest, Lorient, Rochefort y Tolón se construía á destajo. Había dicho Napoleón que quería tener prontos cien navíos de línea en el término de dos años, y veinticinco de éstos en Amberes; que en este último puerto tenía cifradas sus esperanzas de efectuar la restauración de la marina francesa, y que en este sistema de construcciones navales en grande encontraría además el modo de ocupar á la gente ociosa que hubiera en los puertos. Pero el agotamiento de los materiales, la estrechez de los astilleros y hasta la misma insuficiencia de brazos demostraban la ejecución de sus grandes designios. En Amberes había costado mucho trabajo emprender últimamente la construcción de algunos nuevos buques, porque los obreros y los materiales habían sido llevados á Fleisinga, Ostende, Dunkerque, Calais y Boloña, para cubrir las necesidades, nunca satisfechas, de la escuadrilla. En Brest sólo se había armado el decimotercero navío; en Rochefort, el quinto; en el Ferrol, la escasez de recursos de la España retrasaba la carena de la división refugiada en su puerto; en Tolón sólo había ocho navíos capaces de salir inmediatamente, sin embargo de haberse

empleado el invierno con actividad extrema. Aguijoneaba Napoleón á su ministro de Marina Decrés, y no le daba punto de reposo (1). Hasta había mandado que se

(1) Las dos cartas siguientes del emperador al almirante Decrés, prueban la fuerza de voluntad con que preparaba la restauración de la marina francesa.

Al ministro de Marina.

*Saint-Cloud*, 21 de abril de 1804 (1.º floreal del año XII).

Me parece muy conveniente que la colocación de la primera piedra del arsenal de Amberes se haga con una imponente ceremonia; pero también me parece que conviene no demoler fábrica ninguna so pretexto de regularidad. Basta que no se haga ninguna construcción contra el plan de regularidad general; lo demás se irá consiguiendo insensiblemente. Cuando hay que demoler, se demuele lo que es irregular; pero repito á usted lo que le dije últimamente: no puedo estar satisfecho de los trabajos de Amberes, puesto que no hay en el astillero más que un navío y quinientos obreros. Desearía que antes del 1.º mesidor hubiese por lo menos tres navíos de setenta y cuatro en construcción, que antes del 1.º vendimiario del año XII hubiese seis, y nueve antes del 1.º nivoso; lo cual no puede hacerse con la escasa gente que allí hay. En la Provenza hay muchos obreros desocupados, y habrá otros muchos en breve hacia Bayona y Burdeos; reuna usted, pues, unos tres mil trabajadores en Amberes. Ahí se pueden tener fácilmente maderas, herraje y demás artículos del Norte. La guerra no es un obstáculo para construir en Amberes; con una guerra que durase tres años, sería preciso haber construido en ese puerto veinticinco navíos, lo cual es imposible en otra parte. Necesitamos marina, y sólo cuando reunamos cien navíos se podrá decir que la tenemos; pero es preciso que los reunamos en el término de cinco años. Si, como creo, pueden construirse navíos en el Havre, será preciso emprender dos. También será menester empezar á construir otros dos en Rochefort, y otros dos en Tolón. Creo que convendrá que estos cuatro últimos sean de tres puentes.

Desearía también fijar mis ideas sobre el puerto de Dunkerque; quiero que me envíe usted una noticia para saber á qué punto llega el agua en la baja mar.

La escuadrilla va á quedar en breve construída en todas partes; es menester, pues, ocupar ese inmenso número de obreros que va á quedar sin trabajo en Nantes, en Burdeos, en Honfleur, en Dieppe, en Saint-Maló, etc. Es menester empezar á construir fragatas, bergantines y gabarras. Desde el punto de vista del espíritu público, es menester que los obreros de las costas no perezcan de hambre, y que los departamentos del litoral que se mostraron los menos propicios á la revolución, empiecen á notar que llegará el tiempo en que también la mar sea dominio nuestro. Santo Domingo nos costaba dos millones mensuales; los ingleses se han apoderado de ella, y es menester emplear esos dos millones mensuales sólo en construcciones. Me propongo hacerlo con la misma actividad con que se ha llevado á cabo la escuadrilla, con la diferencia de que por no haber premura se podrá establecer mayor orden. No me urge el tiempo, pero quiero que se empiece en grande escala.

Suplico á usted me presente la semana próxima un informe que me dé á conocer la situación actual de nuestra marina, de nuestras construcciones, de lo que convendría construir, en qué puertos, y cuánto costaría eso al mes, partiendo del principio de que prefiero que emplee usted diez y ocho meses en hacer un navío con tal que me haga una tercera parte más.

Por lo tocante á los navíos, quisiera construirlos todos con arreglo al mismo plan, y las fragatas según el modelo de la *Hortensia* ó de la *Cornelia*, que parecen buenas; en cuanto á los navíos, escoger los mejores, y hacerlos en todas partes de tres puentes y de ochenta cañones, excepto en Amberes, donde me parece más prudente empezar por navíos de setenta y cuatro.

Al ministro de Marina.

*Saint-Cloud*, 28 de abril de 1804 (8 floreal del año XII).

Firmo hoy mismo una orden sobre las construcciones. Estoy resuelto á no admitir disculpa de ninguna especie. Haga usted que se le dé cuenta dos veces á la semana de las órdenes que expide, y vigile su cumplimiento; si es preciso tomar medidas extraordinarias, hágamelo usted saber. No admitiré razón ninguna, porque con una buena administración haría yo en un año en Francia, si

construyese en Tolón con luz de hachones para que quedasen equipados á tiempo los diez navíos destinados á Latouche. No se carecía menos de marineros que de materias navales y de obreros, de lo cual se quejaban el almirante Ganteaume en Brest, Villeneuve en Rochefort, Gourdon en el Ferrol y Latouche en Tolón; y, después de varias experiencias, se confirmó Napoleón en la idea de suplir la escasez de las tripulaciones con bisoños sacados de los regimientos, los cuales, adiestrándose en el ejercicio del cañón y de las maniobras inferiores, podrían completar de una manera ventajosa el armamento de las naves. Ya el almirante Ganteaume había hecho la prueba en Brest, y le había salido bien, quedando muy contento de esos marinos sacados del ejército de tierra, sobre todo para el manejo de la artillería. Tan sólo había pedido que le diesen, no ya soldados hechos, los cuales se prestaban con repugnancia á otra nueva instrucción, sino reclutas jóvenes, que no teniendo instrucción ninguna, eran más aptos para aprender lo que se les quisiera enseñar y se mostraban más dóciles. Además de eso, se los ponía á prueba, y no se empleaba más que á los que descubrían cierta afición á la mar. De este modo se consiguió aumentar en una cuarta ó quinta parte la fuerza total de marineros.

Tenía á la sazón la Francia unos cuarenta y cinco mil marineros disponibles: quince mil en la escuadrilla, doce mil en Brest, cuatro ó cinco mil entre Lorient y Rochefort, cuatro mil entre el Ferrol y Cádiz y cerca de ocho mil en Tolón, sin contar algunos miles más en la India. A esta fuerza total podían agregarse doce mil hombres, y quizás quince mil, de modo que iba á ascender á unos sesenta mil hombres la fuerza á bordo. Sólo la escuadra de Brest había recibido un aumento de cuatro mil reclutas, cosa que se celebraba mucho. Si estas escuadras hubieran podido navegar cierto tiempo con buenos oficiales, en breve hubieran igualado á las escuadras inglesas; pero bloqueadas en los puertos, no tenían la menor práctica en la navegación, y además los almirantes carecían de la confianza que sólo se adquiere con la victoria. Sin embargo, todo marchaba al influjo de una voluntad enérgica que se esforzaba en inspirar confianza á los que la habían perdido. Nada omitía en Tolón el almirante Latouche para estar pronto hacia el mes de julio y agosto. El almirante Ganteaume salía de Brest y volvía á aquel puerto para acostumbrar algo á sus tripulaciones y hacer que los ingleses dudaran continuamente de sus proyectos. A fuerza de amargarlos con su salida, debía conseguir que no creyesen más en ella para aprovecharse algún día de su incredulidad.

Pensaba Napoleón dar un nuevo suplemento á sus

fuera preciso, treinta navíos de línea. En un país como la Francia debe hacerse todo lo que se quiera. No se le ocultará á usted que mi intención es empezar muchas construcciones, excepto en Brest, donde no quiero construir ya más. Mi intento es botar al agua antes de vendimiario del año XIV veintiséis buques de guerra, en la inteligencia de que esta operación dependerá sobre todo de la circunstancia de que tengamos paz de aquí á entonces. Pero en lo sucesivo todos los navíos de setenta y cuatro se construirán en Amberes, donde deberemos tener nuestro gran astillero. Sólo allí puede efectuarse en pocos años la restauración de la marina francesa.

Para antes del año XV debemos tener cien navíos de guerra.  
(N. del A.)

fuerzas navales, y con este objeto intentaba apropiarse la marina de Génova, juzgando que con una escuadra de siete ú ocho navíos y unas cuantas fragatas en aquel puerto dividiría la atención de los ingleses entre Tolón y Génova, los obligaría á mantener dos escuadras de observación en aquellos mares, y cuando no, á dejarle uno de los dos puertos libre mientras el otro estuviese bloqueado. Mandó á nuestro ministro en Génova, Salicetti, que celebrase con aquella república un tratado, en virtud del cual debería ésta entregarnos sus astilleros para construir diez navíos y otras tantas fragatas. La Francia se obligaba en cambio á admitir en su marina un número de oficiales genoveses, proporcionado á este material, con el mismo sueldo que los oficiales franceses, y además á alistar seis mil marineros genoveses, que la república liguriana se obligaba por su parte á tener siempre á su disposición. En tiempo de paz la Francia debería conceder su pabellón imperial á los genoveses, con lo cual conseguirían éstos la protección francesa, muy útil contra los berberiscos.

Terminadas ya todas sus disposiciones, preparábase Napoleón á partir; pero quiso antes recibir á los embajadores encargados de entregarle las nuevas credenciales en que se le daba el título de emperador. Presentáronse el domingo 8 de julio (19 mesidor) el nuncio del papa, los embajadores de España y Nápoles, los ministros de Prusia, Holanda, Dinamarca, Baviera, Sajonia, Baden, Wurtemberg, Hesse y Suiza con las formalidades acostumbradas en todas las cortes, y al entregarles sus cartas le trataron por la vez primera como á príncipe coronado. Sólo faltaba en esta reunión el embajador de la corte de Viena, con la cual se negociaba aún sobre el título imperial que se debería á la casa de Austria; el de la corte de Rusia, con la cual había desacuerdo por causa de la nota dirigida á Ratisbona, y finalmente el de la corte de Inglaterra, con la cual se estaba en hostilidad. Puede decirse que fuera de la Gran Bretaña, toda la Europa reconocía á Napoleón, porque el Austria iba á expedir el documento solemne de su reconocimiento, y la Rusia, arrepentida de lo que había hecho, sólo pedía una explicación que salvase su dignidad para reconocer el título imperial en la familia de Bonaparte.

De allí á muy pocos días se repartieron las grandes cruces de la Legión de Honor. Aunque esta institución estaba decretada hacia dos años, su organización exigió mucho tiempo y acababa apenas de completarse. Distribuyó Napoleón por sí mismo las grandes cruces entre los primeros personajes civiles y militares del imperio, en la iglesia de los Inválidos, monumento al cual era particularmente afecto, é hizo lo con toda solemnidad el día aniversario del 14 de julio. No había canjeado aún la orden de la Legión de Honor con las órdenes extranjeras; pero mientras esto se verificaba, según él se proponía, para que su nueva monarquía estuviese bajo todos aspectos en el mismo orden legal que las otras, durante la misma ceremonia hizo llamar al cardenal Caprara, y quitándole del cuello el cordón de la Legión de Honor, se le dió á aquel anciano y respetable cardenal, al cual conmovió profundamente una distinción tan pública: así empezó por el representante del papa la lista de una orden, que, á pesar de su novedad, debía ambicionar en breve toda la Europa. En su empeño por

imprimir cierto carácter de gravedad á las cosas más útiles en la apariencia, envió la cruz de gran oficial al almirante Latouche-Treville: «He nombrado á usted, le escribía, grande oficial del imperio é inspector de las costas del Mediterráneo; pero deseo mucho que la operación que va usted á emprender me ofrezca la ocasión de ensalzarle á tal grado de consideración y honra que no tenga ya nada que desear... Seamos dueños del Estrecho por seis horas, y seremos dueños del mundo» (1) (2 de julio de 1804).

(1) He aquí la carta entera:

Manifiésteme usted á vuelta de correo dónde podrá llevar anclas, hecha abstracción del tiempo; participeme usted qué ha hecho el enemigo y dónde está Nelson.

Médite usted sobre la grande empresa que le está encomendada y antes de que yo firme definitivamente sus últimas órdenes, manifiéste usted el modo de cumplirlas que crea más ventajoso.

Le he nombrado á usted grande oficial del imperio é inspector de las costas del Mediterráneo; pero deseo mucho que la operación que va usted á emprender me ofrezca la ocasión de ensalzarle á tal grado de consideración y honra que no tenga ya nada que desear.

La escuadra de Rochefort, compuesta de cinco navíos, uno de ellos de tres puentes, y de cuatro fragatas, está pronta á levar áncoras; no tiene á la vista más fuerzas enemigas que cinco navíos.

La escuadra de Brest es de veintidós navíos, los cuales acaban de levar áncoras para alarmar al almirante Cornwallis y obligar á los ingleses á juntar allí gran número de buques. Los enemigos tienen también seis navíos á vista del Texel para bloquear á la escuadra holandesa, compuesta de seis navíos, cuatro fragatas y un convoy de ochenta naves.

El general Marmont tiene ya embarcado su ejército. Entre Etaples, Boloña, Wimereux y Ambletusa, puertos nuevos que he mandado construir, tenemos doscientas setenta chalupas cañoneras, quinientas treinta y cuatro barcas cañoneras y trescientos noventa y seis peniches, entre todas mil doscientas naves que conducen ciento veinte mil hombres y diez mil caballos. Seamos dueños del estrecho por seis horas solamente, y seremos dueños del mundo.

Los enemigos tienen en las Dunas ó delante de Boloña y delante de Ostende dos navíos de setenta y cuatro, tres de sesenta ó sesenta y cuatro y dos ó tres de cincuenta. Hasta ahora Cornwallis no ha reunido más que quince navíos, pero van á reforzarle todas las reservas de Plymouth y Poitsmouth. Tienen además los enemigos en Cork, en Irlanda, unos cuatro ó cinco navíos de guerra. No hablo de las fragatas y buques menores, de los cuales tienen un número considerable.

Si logra usted alucinar á Nelson, éste se dirigirá á Sicilia ó á Egipto, ó bien al Ferrol. No creo que sea menester presentarse á vista del Ferrol. De los cinco navíos que hay en aquellas aguas, cuatro están ya prontos y el quinto lo estará en todo el mes de fructidor; pero creo que como el Ferrol parece tan propicio y tan indicado para refugiarse nuestra escuadra, será muy probable que al entrar en el Océano su ejército de usted del Mediterráneo, se suponga que está destinado á levantar el bloqueo de aquel puerto; por lo tanto, parece preferible pasar engolfándose mucho, llegar á vista de Rochefort, con lo cual podría usted completar una escuadra de diez y seis navíos y once fragatas, y entonces, sin perder un instante, sin fondear, llegar á vista de Boloña, ya doblando la Irlanda y enmarándose mucho, ya ejecutando el primer proyecto. Nuestra escuadra de Brest, de veintidós navíos, conducirá á bordo un ejército, y se mantendrá continuamente á la vela, de modo que Cornwallis se verá precisado á estrechar la costa de Bretaña para tratar de oponerse á su salida.

Fuera de esto, para fijar mis ideas sobre esta operación, que creo probable, pero cuyo buen éxito ofrece resultados tan inmensos, espero el proyecto que me tiene usted anunciado para vuelta de correo.

Es preciso embarcar la mayor cantidad posible de víveres, para que no carezca usted de nada en ninguna circunstancia.

A fines de este mes se botarán al agua otros dos navíos, uno en Rochefort y otro en Lorient. En cuanto al de Rochefort no hay nada que preguntar; pero por lo que hace al de Lorient, si sucediera que hallándose en la rada no pudiese presentarse antes que

Embebido en sus vastos proyectos, salió el emperador para Boloña después de haber delegado al archicanciller Cambaceres, además del cargo habitual de presidir el consejo de Estado y el senado, el poder de ejercer la autoridad suprema en caso necesario. Era el archicanciller el único personaje del imperio en quien tenía la suficiente confianza para delegarle tan amplias atribuciones. El 20 de julio llegó á Pont-de-Briques, é inmediatamente se dirigió al puerto de Boloña para inspeccionar la escuadrilla, los fuertes y las diversas obras que había encargado. Recibióle los dos ejércitos de mar y tierra con indecible júbilo, y saludaron su presencia con unánimes aclamaciones. Novecientos disparos de cañón hechos por los fuertes y la línea acoderada, resonando desde Calais á Douvres, llevaron á los ingleses la noticia de la presencia del hombre que hacía diez y ocho meses turbaba tan profundamente la seguridad habitual de su isla.

Embarcándose Napoleón al instante mismo, á pesar de lo revuelto de la mar, quiso visitar los fuertes de mampostería de la Créche y del Heurt y además el fortín de madera colocado entre los dos primeros, destinados los tres, como ya dijimos, á proteger la línea acoderada. Mandó ejecutar á su vista algunos ejercicios de tiro para asegurarse de que se habían seguido sus instrucciones para obtener los mayores alcances posibles. Entró luego en alta mar y fué á ver maniobrar, á tiro de cañón de la escuadra inglesa, á varias divisiones de la escuadrilla, cuyos progresos encomiaba sin cesar el almirante Bruix. Regresó lleno de satisfacción después de haber prodigado muestras de su agrado á los jefes de ambos ejércitos que bajo su dirección suprema habían contribuido á aquella creación prodigiosa.

Al otro día y siguientes, recorrió todos los campamentos desde Etaples hasta Calais; volvió luego al interior para inspeccionar las tropas de caballería, acampadas á cierta distancia de las costas, y sobre todo la brillante división de granaderos organizada por el general Junot en las cercanías de Arrás. Componíase esta división de compañías de granaderos sacadas de los regimientos que no estaban destinados á formar parte de la expedición. Aquella tropa no podía ser más brillante por lo escogido y hermoso de sus soldados; excedía en mucho en arrogancia á la misma guardia consular, convertida en guardia imperial. Comprendía diez batallones de ochocientos hombres cada uno. La reforma de la parte superior del uniforme empezó por estos granaderos; llevaban chacós en vez de gorras, y el caballo cortado y sin polvos en vez de la antigua cabellera, incómoda y poco curiosa. Agueridos en numerosas campañas, maniobraban con sin igual precisión, y estaban animados de ese orgullo que constituye la fuerza de las tropas escogidas, formando una división de cerca

usted á vista de la isla de Aix, deseo saber si su intención de usted sería encaminarse en su busca; creo no obstante que aprovechando un buen viento, lo mejor de todo es emprender la operación antes del invierno, porque en la mala estación, aunque por una parte sería posible que tuviese usted más probabilidades de arribar, también podría suceder que hubiera muchos días en que no pudiese sacar fruto de su arribo. Suponiendo que pudiera usted partir antes del 10 termidor (29 de julio), es probable que no llegue usted á Boloña sino en todo el mes de septiembre, época en que ya las noches son medianamente largas y en que los temporales no son largo tiempo peligrosos.

(N. del A.)